

EVOLUCIÓN ESTÉTICA DEL NOVECIENTOS

FRAGMENTO DE LAS CONFERENCIAS DADAS POR ALBERTO ZUM FELDE, A FINES DE OCTUBRE PRDO. EN EL ATENEO DE MONTEVIDEO, POR INICIATIVA DEL CENTRO ESTUDIANTIL «ARIEL» Y QUE APARECERÁN PRÓXIMAMENTE EN VOLUMEN.

Contemporáneamente al movimiento de revaloración estética que hemos expuesto en la conferencia anterior, la conciencia del hombre occidental ha entrado en un estado de crisis filosófica, profunda. Nos referimos al anti-racionalismo como la otra faz característica de la psicología del arte contemporáneo. El anti-racionalismo, es también, el carácter predominante, en la conciencia filosófica de nuestro tiempo, carácter que se ha acusado con rasgos más netos después de la guerra mundial.

El fenómeno más trascendental de esta época, es el cambio de posición de la conciencia, que, del plano racionalista, en que se movió durante los tres siglos precedentes, se desplaza hacia el plano intuitivo.

La crítica filosófica de este siglo, ha recabado el valor de la inteligencia razonante como facultad capaz de comprender la naturaleza de las cosas y penetrar el sentido de la vida.

Bergson, la mentalidad filosófica más culminante y representativa del pensamiento contemporáneo, ha reducido la Inteligencia, a una función puramente práctica, a una función de utilidad vital, de adaptación del hombre al medio, confiriendo la categoría de facultad verdaderamente filosófica — es decir, metafísica — a la intuición. La intuición se torna así el único modo de conocimiento puro, al situarnos en el interior de la realidad.

La única posición intuitiva de la conciencia anula las tablas de valores ordenadas por el racionalismo del período anterior. No, precisamente, en cuanto a decretar la falsedad de esos valores con respecto a la época misma en que prevalecieron; pero, en cuanto a su vigencia con respecto a la nueva época que se inicia. La nueva época se funda en la nueva valorización del mundo, determinada por el cambio de posición de la conciencia.

La Intuición, como principio, o mejor dicho, como actitud, implica un nuevo sentido de la vida, y por ende, un cambio profundo en la cultura.

Es así que, el racionalismo ideológico y el positivismo científico, que llenaron el panorama mental de las generaciones anteriores, se han convertido, para la generación actual, en sistemas muertos, privados de raíces, incapaces ya de servir a las ne-

cesidades de la conciencia, y a la evolución de la vida.

La cultura del setecientos o del ochocientos— desde el enciclopedismo humanista hasta el materialismo histórico, y desde el racionalismo del contrato social hasta el individualismo del Zaratustra— es ya, para este siglo, una cultura agotada, y anaerónica. Sus construcciones históricas se mantienen en pie; sus concreciones en el orden político y didáctico, dominan aún, y seguirán dominando por tiempo que no puede determinarse, puesto que, un orden no se cambia en pocos años, y una cultura no se transforma en seguida. Por lo demás, los nuevos principios de la renovación cultural, se hallan recién en el estado interno, embrionario de su proceso de desarrollo, y no podemos concretar aún sus formas futuras.

Y para que esta crisis trascendental de los valores culturales de la época precedente, tuviera una confirmación decisiva, el relativismo einsteiniano ha venido a modificar, fundamentalmente, el concepto del mundo físico, heredado de los siglos anteriores. El orden de la física, ha sido alterado, como el orden de la filosofía. Nuestro cosmos—el cosmos de la cultura racionalista— que se movía en el espacio euclidiano de las tres dimensiones, se halla de pronto frente a la revelación desconcertante de un espacio cuádr-dimensional, en el cual las leyes físicas cambian en los distintos campos gravitatorios, y la realidad, fenoménica resulta un puro fenómeno de relatividad, cuyo concepto depende del sistema de coordenadas, tan cambiante y diverso, cuan diversas y cambiantes son las posiciones—teóricamente infinitas—del universo viviente.

Esta renovación fundamental—de valores,—del campo de la Física, de la Metafísica y de la Psicología—se va transmitiendo a otros campos de la cultura. Así, en íntima analogía con el intuicionismo bergsoniano y con el relativismo de Einstein, aparece una nueva concepción de la historia, intuicionista y relativista, representada por Spengler, cuyo genial «Decadencia de Occidente»—no obstante las rectificaciones de que pueda ser susceptible en muchas de sus partes—inició una interpretación nueva de los ciclos históricos y una nueva morfología de las culturas.

Todo nos indica que estamos en los comienzos de una nueva edad, y que esta crisis trascendental de la conciencia contemporánea—crisis que entraña, sin embargo, la alegría vital de una enorme esperanza—no es, sino un tránsito hacia otra forma de cultura, cuyo campo de desarrollo es la «nueva sensibilidad».

ALBERTO ZUM FELDE